

vida eterna, al que es principio de ella; y un Cáliz de salud perpetua, al que es el fin de esta salud. Estos mismos objetos se nos representan á medida que el Sacerdote repite las señales de Cruz: en efecto ellas me representan siempre á Jesus crucificado, no solo de una manera figurativa, sino positiva y real: ya no hay necesidad de transportarse en espíritu al Calvario para participar del Sacrificio, porque el altar se hace un Calvario nuevo en donde la justicia de Dios pide el Sacrificio, en donde le prepara la sumision del Hijo, se executa por el ministerio del Sacerdote, y le consume la caridad. Aquí puedo yo decir como en el Calvario que ha sido ofrecido por su espontánea voluntad, y por su propio ministerio como una Hostia pura é inmaculada. Oxalá que pudiese decir con tanta verdad como el Apóstol: *estoy unido con Jesu-Cristo á la Cruz*. Estoy unido á la Hostia pura, sino con una pureza inviolable, á lo ménos con una detestacion perfecta del pecado: estoy unido á la Hostia santa, sino por una justicia inadmisibile, á lo ménos por una voluntad sincera de velar en defensa del rebaño que me ha

confiado: estoy unido á la hostia inmaculada, sino libre totalmente del pecado, á lo ménos con un deseo verdadero de vengarlo con la penitencia: estoy unido al Pan de vida eterna, sino renunciando del todo los objetos terrenos y pasajeros, á lo ménos con un desprendimiento interior de ellos, y un gusto anticipado de todo lo que participa de la eternidad de este Pan: en fin, estoy unido al Cáliz de salud perpetua, sino con un amor tan ardiente como el Hijo, y con sus humillaciones y tormentos, á lo ménos con una perfecta sumision á su voluntad, con una resignacion entera á sus órdenes, y con una confianza inalterable de que el Cáliz amargo, que su justicia me presenta en la tierra, será dulcificado perfectamente con los consuelos que me prepara de salud perpetua. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

*SUPRA QUÆ PROPITIO.*

PSALMO CIX.  
vers. 4.

*Tú eres Sacerdote eternamente, según  
el órden de Melquisedech.*

No pretende el Profeta, hermanos míos, en estas palabras ofrecernos el origen y el modelo del Sacerdocio de Jesu-Cristo, porque Melquisedech solo fué consagrado per Dios, y la materia de su Sacrificio no fué santa y

*Supra quæ propitio.* 133

agradable al Señor, sino porque habia sido escogida por la sabiduría del Padre desde la eternidad, para que fuese la materia de un verdadero Sacrificio que debia ofrecerle su Hijo; y así aunque los Sacrificios de Abel, de Abraham, y Melquisedech sean mucho mas excelentes que todos los demas de la ley Judaica, no pueden sin embargo compararse al de Jesu-Cristo sino como las sombras y figuras á la realidad.

El elogio que hace la Iglesia de los Sacrificios de estos Patriarcas en la oracion que vamos á explicar, léjos de debilitar nuestra veneración, y de disminuir nuestra confianza por el de Jesu-Cristo, debe enseñarnos á buscar en él la eminencia y la perfeccion de las qualidades preciosas que distinguieron el de estos grandes hombres de la ley escrita. De todos los Sacrificios que habian figurado el del Hijo de Dios, no habia uno que fuese verdaderamente el objeto de sus delicias; pero sin embargo es muy de notar que muchos de ellos merecieron que Dios los mirase benignamente, porque las disposiciones de los mismos que los ofrecian, y la materia de ellos,

representaban de una manera sensible la oblacion que desde la eternidad se habia escogido el Todopoderoso, y así podemos nosotros poner con la Iglesia á la cabeza de estos Sacrificios los de Abel, de Abraham, y de Melquisedech. En efecto, la Iglesia en la oracion que estamos explicando hace expresa mencion de ellos, y pide á Dios que se digne recibir el Sacrificio que le ofrece, como aceptó los de estos hombres recomendables por su piedad, dando á sus oblaciones, aunque hechas ántes de la ley nueva, los nombres de Sacrificios santos, y de Hostias puras é inmaculadas. Pero cómo puede atribuir estas qualidades admirables á unas Hostias, que fuéron abolidas, y reprobadas en algun modo por la institucion del Sacrificio de Jesu-Cristo? Vamos pues, hermanos mios, á estudiar estas diferentes figuras, acercándolas á la realidad de donde proviene todo su valor.

El Sacrificio de Abel es santo, porque le ofrecia un justo que estaba instruido de las desgracias de su caída, y de los recursos que le preparaba la misericordia en Jesu-Cristo. El en efecto ofrece las primicias de su rebaño,

con un corazon simple, recto y sincero, en lo qual es una figura del verdadero Cordero que cargado con los pecados del mundo debe dexarse un dia llevar á la inmolation, sin despegar sus labios. Abel prepara en este Sacrificio el que muy pronto debe ofrecer baxo la mano fratricida de Cain, donde representará á Jesu-Cristo nuestro hermano de una manera mas particular y sensible, sacrificado á la envidia de los Fariseos, y entregado por Judas su discípulo y su Apóstol. Abel merece pues el nombre de siervo, y muchos años ántes que se publicase el Evangelio, su moral sublime daba una idea exacta de la que debia publicarse un dia. Dulce y humilde de corazon, paciente en las injurias, y adorador de su Dios en espíritu y en verdad, es verdadero justo, y participa de antemano de la justicia del que ha venido á la tierra para establecer en ella una justicia eterna.

El Sacrificio de Abraham es santo, como mandado por un órden expreso del Señor, y este Patriarca se hace en esta circunstancia la imágen del Padre Eterno, el qual nos ha amado hasta darnos á su Hijo único. El nos presenta el

edificante espectáculo de una obediencia perfecta, que se somete sin racionar, y que executa sin murmurar: de una confianza filial que cuenta mas con la ternura de un padre que manda, que con los recursos de una vana prudencia para eludir una sumision dificil y penosa: de una fé viva que desecha las apariencias engañosas, y los temores frívolos para amar y seguir las promesas ciertas que deben hacerle el Patriarca del mundo fiel. Su obediencia, su valor y su fé serán hasta el último dia una leccion importante y sensible para los Cristianos dóciles, y un cargo terrible y opresor para los que endurecen su corazon: estas virtudes merecieron á este grande hombre que se le llama-se el Padre de los creyentes, porque resolviéndose á sacrificar su mismo hijo, á pesar de las reclamaciones del amor paternal, y de las voces de la naturaleza y de la razon humana, creyó y esperó con toda firmeza.

El Sacrificio de Melquisedech es santo: el reconocimiento es quien le prepara, y en esto es la figura mas sensible del Sacrificio Eucarístico, ó de accion de gracias. Un Sacerdote Rey

es quien ofrece el Pan y el Vino, como lo hace el Sacerdote en el Altar, para dar á Dios gracias de una victoria importante, y este Señor movido de un Sacrificio tan generoso derrama sobre Abraham y su posteridad las bendiciones mas abundantes. Melquisedech es en esta circunstancia mediador como Jesu-Cristo entre Dios y los hombres: en alguna manera participa de la divinidad, porque su generacion es inefable como la del Verbo, y goza de la humanidad por su qualidad de Rey de Salem, siendo en esto la figura del verdadero Emmanuel, que Sacerdote y Rey á un mismo tiempo vino al mundo para asegurarnos la victoria sobre el pecado, y purificarnos y bendecirnos por medio de la oblacion del Pan y del Vino, convertidos en su cuerpo y su sangre.

La Iglesia nos trae á la memoria estos tres misterios quando en la oracion que meditamos pide á Dios que se digne mirar con *rostro propicio y sereno* los dones que ofrece por mano del Sacerdote, así como se dignó aceptar los de Abel, Abraham y Melquisedech. Como si dixese, tú, Señor, te dignas-

te dar valor á la ofrenda de Abel, aunque solo te presentase los recentales de sus rebaños: al Sacrificio de Abraham, aunque no te ofreciese en la persona de su Hijo sino una víctima mortal: á la oblacion de Melquisedech, aunque no tuviese en sus manos sino elementos mudos é inanimados: tú permitistes que se llamasen estos dones un Sacrificio santo, una Hostia inmaculada, porque eran la figura de una Hostia mas santa todavía, y de un Sacrificio mas excelente. Tú nos das un derecho á todos tus beneficios, quando tú mismo pones en las manos de tus Ministros no la sangre de algunos animales, sino la sangre de la nueva alianza, no el Hijo de un justo, sino el Justo mismo, el Santo por excelencia, y el hijo eterno de Dios vivo y verdadero: no el pan material destinado á sustentar nuestro cuerpo, sino el trigo de los escogidos, el Pan baxado del cielo, y el alimento de tus Angeles: no el vino, hecho por las manos de los hombres, y destinado á darles fuerzas corporales y pasajeras, sino el Vino que engendra las Vírgenes, que consueta al hombre en este valle de lágrimas de todas sus affic-

ciones, y que has prometido dar á gustar de nuevo á tus escogidos en tu reyno. Este es el Sacrificio verdaderamente bendito, y que puede por sí solo ser el origen de toda suerte de bendiciones.

Pero aunque la Iglesia da una justa preferencia al Sacrificio de Jesu-Cristo, no debemos perder de vista los tres grandes Santos de que se hace mencion en la oracion de que tratamos; porque el Sacrificio que respectivamente ofrecen, y las disposiciones que llevan á él son otras tantas instrucciones que nos hace presentes esta tierna Madre. Llevemos pues al Altar con Abel un corazon puro, una alma inocente y simple, una mansedumbre inalterable aun entre los mismos malos, y ofrezcamos con él las primicias de todo quanto consideramos como nuestro: es decir, si somos jóvenes los primeros afectos y las primeras inclinaciones de nuestro corazon: ofrezcamos cada dia nuestros primeros pensamientos y acciones, porque cada edad, y cada situacion de la vida tiene sus primicias propias. El rico ofrece las primicias de sus riquezas quando renunciando al luxo y á la como-

didad, reparte entre los pobres la parte de sus bienes que los pecadores entregan á sus placeres. El Cristiano afligido ofrece sus primicias quando somete su voluntad á la del Señor, quando impone silencio á la naturaleza, y quando prefiere una vida laboriosa en pos de Jesu-Cristo, á una vida deliciosa entre los malos y corrompidos del siglo. Presentemos con Abraham nuestro hijo único : es decir, las inclinaciones mas favoritas de nuestro corazon, y no dudemos sacrificar nuestros afectos, nuestros gustos y deseos luego que reconozcamos el mandamiento expreso de Dios. No ratiocinemos sobre la naturaleza de estos preceptos quando nos vienen por una autoridad legitima ; y pues que este grande hombre se distinguió por su obediencia, su valor y su fé, mostrémonos nosotros como los hijos verdaderos de Abraham, y herederos de las promesas que Dios le hizo por medio de una docilidad perfecta, de una paciencia invencible, y de una fé activa.

Estas son las lecciones importantes que nos da la Iglesia, haciendo mencion de estos tres justos del Antiguo

Testamento ; pero consideremos principalmente en Jesu-Cristo, que es el único objeto de nuestra adoracion y de nuestra confianza, consideremos, digo, el verdadero Abel, el fiel Abraham, y el verdadero Melquisedech, y unámonos á su Sacrificio que reúne todos los caracteres y ventajas que acabamos de admirar en estos justos. Esta es verdaderamente la ofrenda de las primicias, porque él es el Cordero inmolado desde el origen del mundo, el Primogénito de los hijos de los hombres, el Xefe de los predestinados, y el modelo de la verdadera Resurreccion. El es la parte mas selecta del rebaño que Dios se ha escogido, y el Cordero sin mançilla, aunque se ha cargado con los pecados de su Pueblo. El está revestido á los ojos de su Padre del toison precioso, figurado por el de Gedeon, el qual está empapado del rocío de la gracia, mientras que toda la tierra está seca y árida : él solo es el que está al abrigo de diluvio de iniquidades que ha sumergido toda criatura : finalmente esta oblacion es de la que se nos dice en el libro del Génesis que fué agradable á Dios.

Consideremos en Jesu-Cristo el verdadero Abraham, el verdadero Padre de los creyentes, que incomparablemente mas dócil que este Patriarca, dexa la mansion de su gloria para venir, no á una tierra extranjería, sino entre los suyos mismos, en donde será desconocido. Todas las naciones serán benditas en él, y sin embargo cae sobre sus hombros todo el peso de la cólera celestial, y así sube á la montaña del Calvario, cumpliendo con las órdenes de su Padre, cargado con el madero de su holocausto. Importa poco que ruegue para que se traspase este cáliz de amargura, porque el Angel le anunciará que ha de beberle hasta las heces: su cabeza ceñida con la corona de espinas traerá sobre sí los pecados de todo el mundo, y finalmente será substituido á todas las víctimas ofrecidas hasta entónces, y dará valor á las que exija la justicia de Dios en la serie de los tiempos.

O verdadero Abraham, exclamaremos con el Angel del Señor: ahora conozco que temes á Dios. Tú eres donde podemos sacar ese temor saludable que forma en nosotros la Sabiduría;

tú no has rehusado á Dios tu propia vida, para probar tu obediencia, y por este Sacrificio nos das una leccion muy eloqüente de sumision y de docilidad.

Admiremos en fin, hermanos mios, el verdadero Melquisedech, cuya generacion no es posible contar, dice un Profeta: cuyo Sacerdocio trae su origen desde la eternidad misma: cuyo reyno no tendrá fin. Este Melquisedech desconocido como Rey de la gloria por la Jerusalem terrena, es sin embargo el Rey de las naciones, el Príncipe de la Paz, el Dominador del cielo y de la tierra, en cuyas manos se encuentra el Pan de vida, y el Cáliz de salud que bendice dando gracias á su Padre.

Postrados pues delante de su Altar repitamos las palabras del Profeta Rey: tú eres Sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedech. Por ti serán ofrecidos hasta la consumacion de los siglos todos los Sacrificios, las oraciones y los votos de los hombres: de ti viene el mérito y el valor de la oblacion de nuestros cuerpos, de nuestros bienes, de nuestro espíritu y de nuestros corazones: en ti encontraremos el modelo y la regla de todos nuestros Sacri-

ficios, y por ti se nos aplicará el fruto de nuestras ofrendas. Tú que has hecho de nosotros un órden de Sacerdotes y de Reyes, no permitas que desmientan nuestras obras caracteres tan augustos: haz que sostengamos esta dignidad con frecuentes victorias sobre nuestras pasiones, y con el Sacrificio continuo de nuestra voluntad: haz que siendo fieles á este doble ministerio, desempeñemos constantemente nuestras funciones en la tierra, y que merezcamos continuarlas en el templo de tu gloria por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

*SUPPLICES TE ROGAMUS.*

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS HEBREOS,  
cap. 9. v. 24.

*Jesus entró en el mismo cielo, para presentarse ahora adelante de Dios por nosotros.*

¿Me atreveré yo á explicar una oración que los Autores mas sabios, los Pontífices mas santos, y los Doctores mas ilustrados han llamado inefable: una oración cuya profundidad misterio-